

Nº 2

30 cts

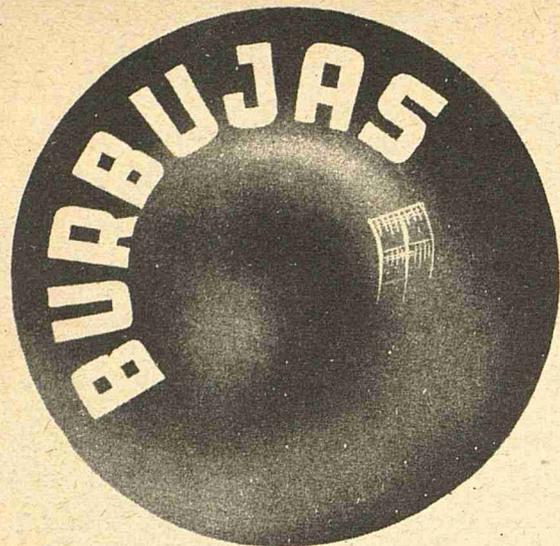
1937

Rev 183/41

A. H. N.
GUERRA CIVIL

esbell





UÉ de colores tenían los pececitos que Paquito contemplaba!

Los trajo su padre. Vinieron puestos en una pecera que Paquito observó que se parecía a las bombillas con las cuales se alumbran en su casa.

Su madre, al verlos, refunfuñó. Adivinaba la tragedia de aquella pecera, que consistiría en poner el piso hecho una calamidad.

Dentro de aquella bombilla, Paquito veía padecer a los pobres animales y los colocó en un ancho recipiente de cristal. Metidos allí, movíanse más contentos, contoneándose con elegancia y exhalando tornasoladas burbujas.

Uno de los peces era casi encarnado, como una granada injertada de naranja. Otro era negruzco, de brillantes escamas; con el vientre pálido y el lomo embadurnado de color de lodo revuelto, diríase un pez japonés. Paquito no comprendía cómo, teniendo tan limpia el agua, aquel pececito de dos tonos guardaba el lomo enlodado. ¡Si no había fango...!

Tampoco comprendía cómo estando dentro del agua lanzaban ambos peces burbujas escurridizas. ¿Qué habría dentro de las burbujas...? — preguntábase.

Y Paquito quiso escudriñar, saber...

Su madre tenía un gran cubo, del que se servía para la colada, y quiso el azar que el día en que Paquito sintiera aquella comezón de averiguar lo que era la burbuja, el cubo estuviera lleno de agua clara.

— Nada, hay que descubrir lo desconocido —dijose para sí nuestro niño— y...

¡Zas!, ni corto ni perezoso, en su afán de averiguar y aprender, zambulló la cabeza dentro del cubo, pensando que quizá él, también, produciría burbujas y que las suyas serían todavía mayores que las de los pececitos tan pequeños.

Pero, no salió nada; al contrario, se le enturbiaron los ojos y le faltó el aliento.

La tragedia que la madre, buena entendedora, con su espíritu de madrecita presumiera, se había consumado. Y de un manotazo sacó a nuestro Paquito del cubo. Porque lo cierto es que, hurgando bajo el agua, se había echado al fondo del recipiente.

Apenas salido del baño, preguntó tozudamente Paquito: — ¿Por qué echan los peces burbujas?

— Porque están en su medio —respondióle la madre medio asustada y medio riéndose de la aventura—. Tú podías haberte ahogado, de no haberme apercebido a tiempo de tu experimento. Los peces viven en el agua, como tú en el aire.

— ¿En el aire? —replicó Paquito—, que no se había dado cuenta de que le rodeaba siempre el aire y de que vivimos dentro la capa atmosférica. Ni de que él engullía, como todo ser humano, el aire que luego repelía hacia fuera, una vez recibido por los pulmones; repitiendo la operación de continuo, tal como acontece en los peces con el agua que es su elemento, su atmósfera.

Y preguntó, todavía: — Pero, ¿por qué engullirán tanta agua mientras se contonean por la pecera?

— Porque están en su medio —contestóle su madre—. Y estas palabras tomaron en sus oídos el camino del cerebro. No podía olvidarlas: ¡Están en su medio!

No se atrevió a preguntar más, y eso que Paquito, como todo niño ansioso de saber (que son todos), era preguntón como él solo. Necesitaba que se le aclarase eso de su medio. Pero no consideraba el momento propicio, había hecho una de las suyas y temía molestar a su madre; no por el temor de que ésta le pegara, bien sabía él que su madre era inteligente y le consentaba que jamás le había pegado. Pero, el momento no era oportuno; esto es lo que pensaba Paquito, quedándose con el deseo de satisfacer su curiosidad y desvanecer sus dudas.

Y quedó pensativo: — ¿Qué necesitaría él para echar burbujas?

Recordábase demasiado de que, zambullido en el agua, se le enturbiaban los ojos y no podía respirar.

No acertando por él mismo, ya no existía otro medio que el de recurrir a última instancia; ésta es su padre, quien, al parecer de Paquito, todo lo sabe y, por lo tanto, el único que puede explicarle todos los misterios. Y, decidido, preguntó a su padre — mientras éste descansaba, arrellanado en una mecedora, después de su trabajo cotidiano:

— ¿Qué necesitas tú para respirar? —respondióle éste, levantándose y cogiéndole amorosamente—. Pues muy sencillo: Vivir tu ambiente. Tu ambiente, como el de toda persona, es la Naturaleza, que posee los secretos de la existencia y los elementos de Vida. Ella es nuestra madre, porque estando todo y todos en nuestro elemento correspondiente, nos ha podido proporcionar la vida de acuerdo con el modo de ser de cada individuo.

Si la Naturaleza no tuviera un ambiente apropiado para cada ser, no podría proporcionarnos la vida como hace, y tampoco podríamos vivir. Así has podido observar que el ambiente que necesita el pez, para poder vivir, es el agua; dentro de ella está en su elemento, en su ambiente, en una palabra. En ella puede respirar perfectamente; si lo quitas fuera del agua, se ahogará. Tú, como que no eres un pez, necesitas de otro elemento, y tu ambiente, como el de toda persona, es la atmósfera, que contiene el hidrógeno, el oxígeno y el argón necesario para que podamos respirar a satisfacción y tranquilamente. En la atmósfera, aunque tú no veas nada en ella, hay algo; hay todo lo que te he dicho. No es el vacío. En el vacío no hay nada; no puede haber vida.

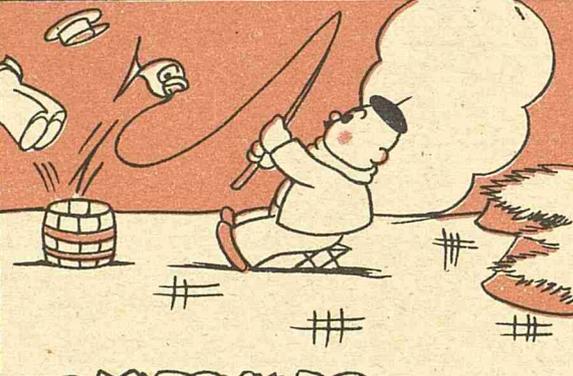
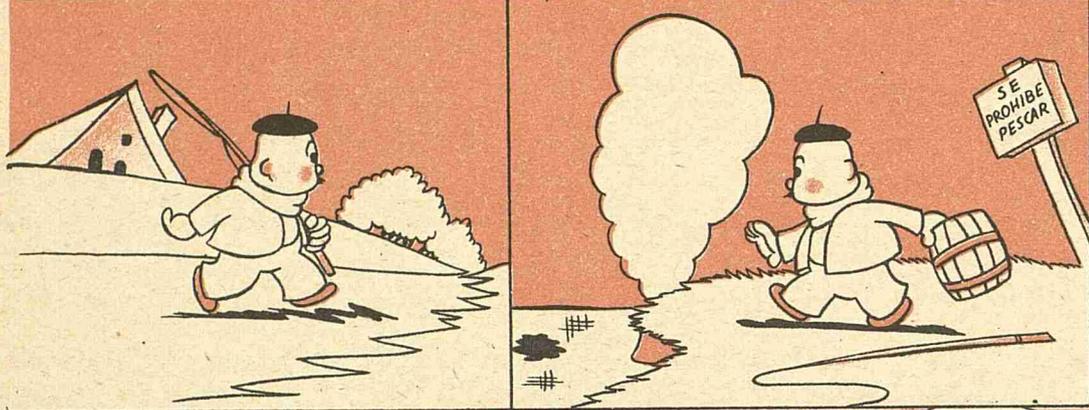
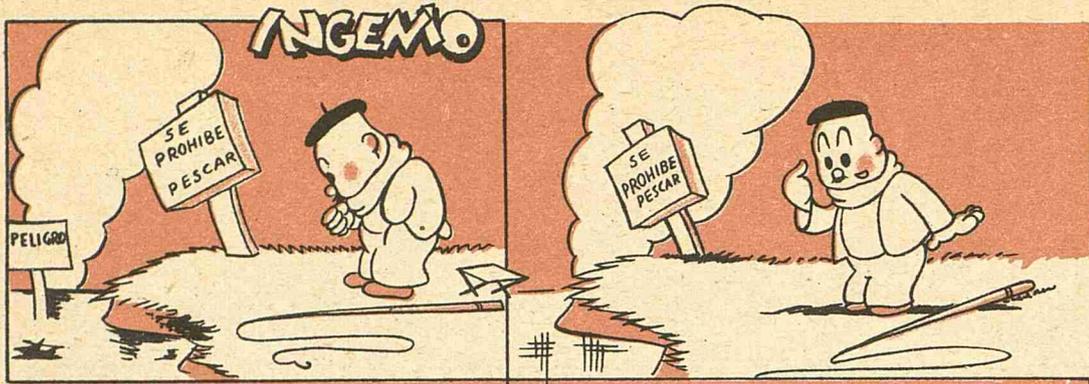
Paquito, que se acordaba del zambullido dentro del cubo — que le dejó sin respiración y le hizo llorar los ojos, que se le pusieron encarnados y le escocían —, comprendió cuánta razón tenía su padre e iba sintiéndose satisfecho de aclarar sus dudas y de comprender las cosas más sencillas y naturales de la vida, que a los niños se les presentan como grandes misterios y, una vez explicadas, son grandes revelaciones que los mayores debemos de enseñar.

— Procura, hijo mío, —añadió el padre— no apartarte jamás de la Naturaleza, ni moral, ni materialmente. ¿Te han intrigado las burbujas? pues bien, aunque tú no las percibas, también nuestro aliento, cuando respiramos, forma burbujas en el aire, en la atmósfera. Por lo tanto, no te devanees más los sesos, querido, meditando sobre el particular. Si vives siempre de acuerdo con la Naturaleza, estarás sano en tu ambiente y vivirás, como vulgarmente se dice: como el pez en el agua.

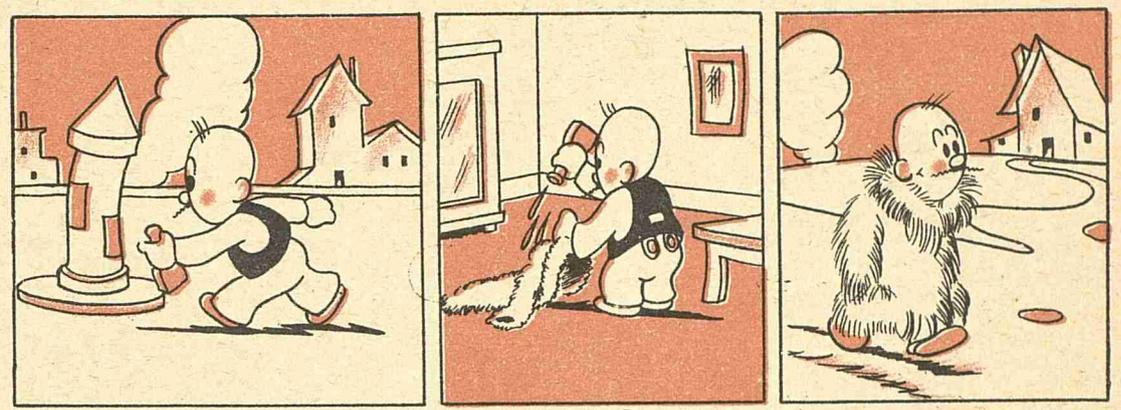
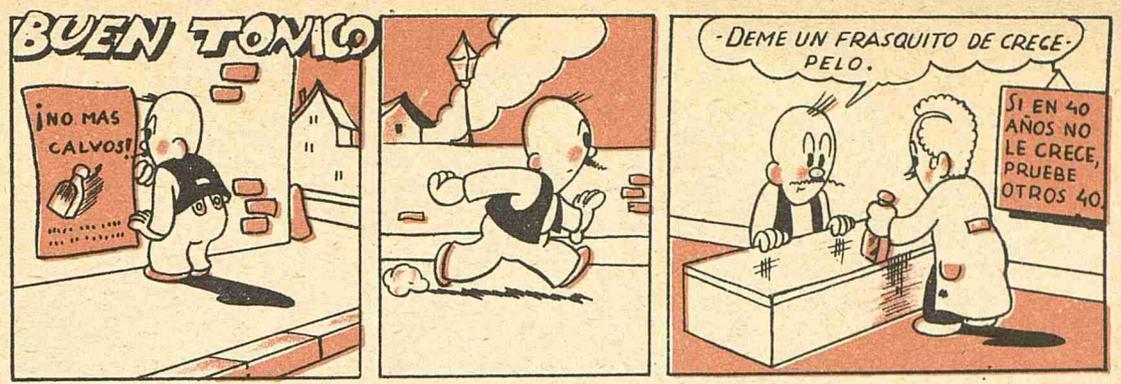
MARY.



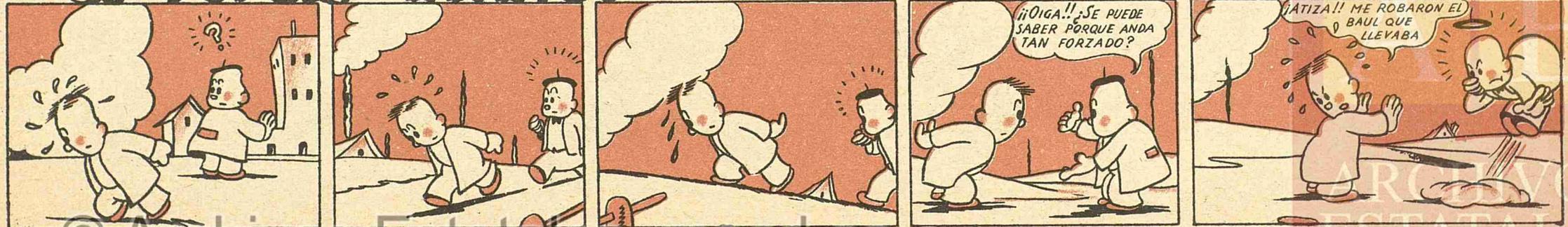
INGENIO



BUEN TONICO



UN HOMBRE DISTRAIDO



¿ Quien roba a quien ?



Esteve goza en la contemplación del oro acumulado con su desenfadada usura.



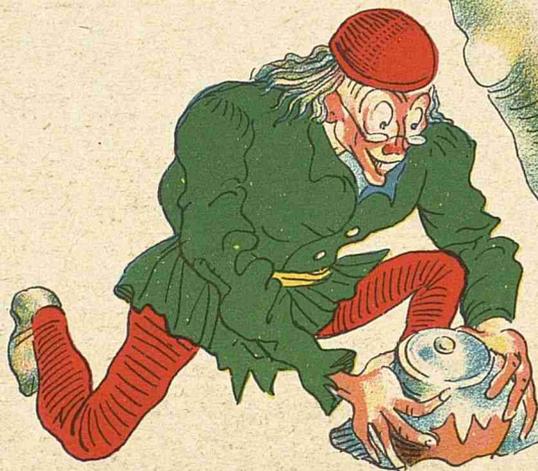
Con devoción y frenesí, guarda, el malvado avaro, las relucientes monedas en una jarra.



Sin embargo, es observado por un vecino, hombre poco escrupuloso y algo justiciero, en ciertos casos...



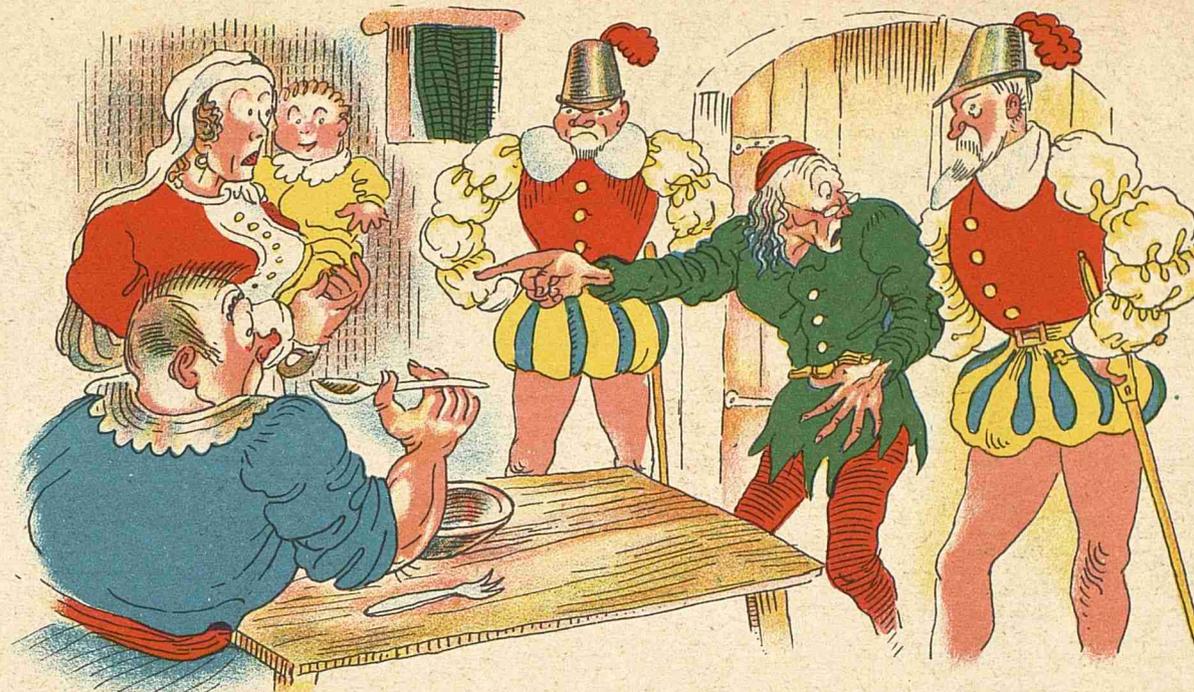
que aguardó a que terminara el viejo explotador su tarea, para saltar la tapia y apropiarse del codiciado contenido de la jarra substituyéndolo por piedras.



Que, creyendo no ser visto, entierra en un hoyo, abierto en su huerto.



Pasaron días. Nuestro usurero sentía las ansias de acariciar de nuevo su tesoro, teniendo que añadirle unas cuantas monedas, producto de nuevas víctimas y robos. Es imposible describir la desesperación del avaro usurero al hallar sus doblones convertidos en inútiles pedruscos.



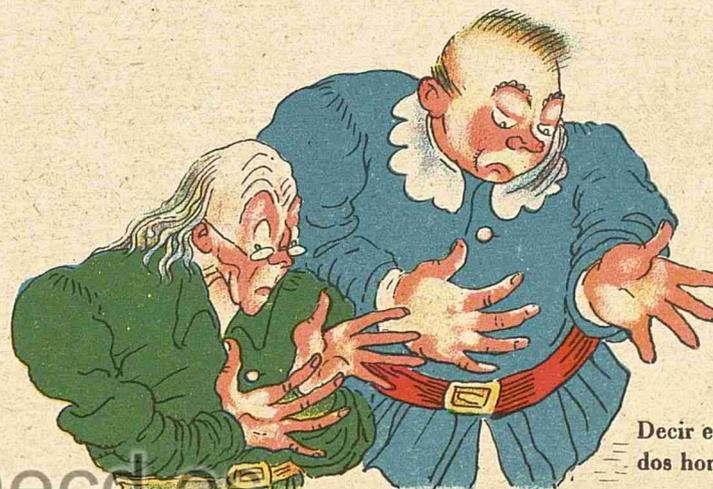
Desesperado, denunció el hecho a la ronda, interesando la detención del presunto ladrón, su vecino, de quien tenía sospechas. Ni que decir tiene que, al hallarse las monedas en casa del vecino, éste alegase que eran suyas...



Por cuyo motivo optó la ronda por llevarse a los dos prisioneros. En presencia del juez nada se puso en claro: los dos hombres afirmaban que les pertenecían las codiciadas monedas de oro... Hasta que el magistrado tuvo una idea: — «Vamos a ver — dijo — si alguno de vosotros es un ladrón. Por la mágica virtud de mi varita se llenarán de sangre las manos del pilastre, cuando con ella toque el talego.»

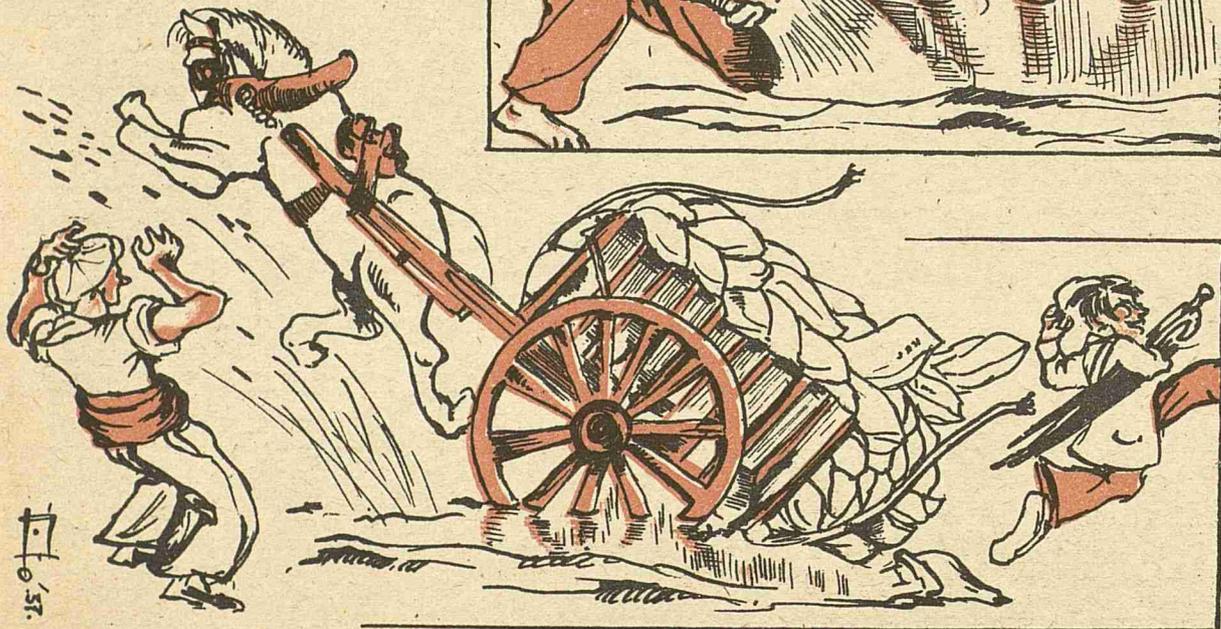
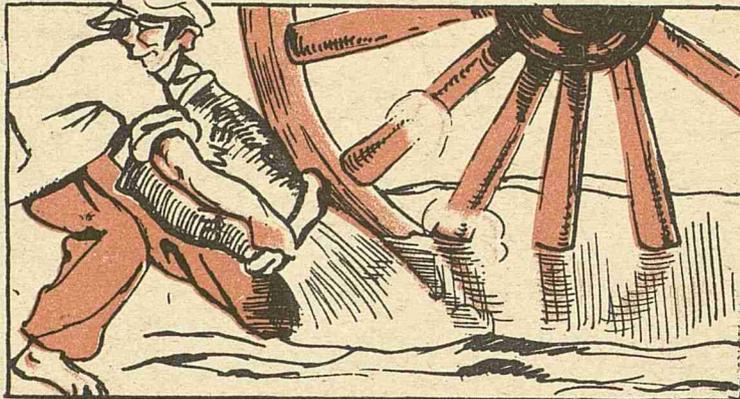
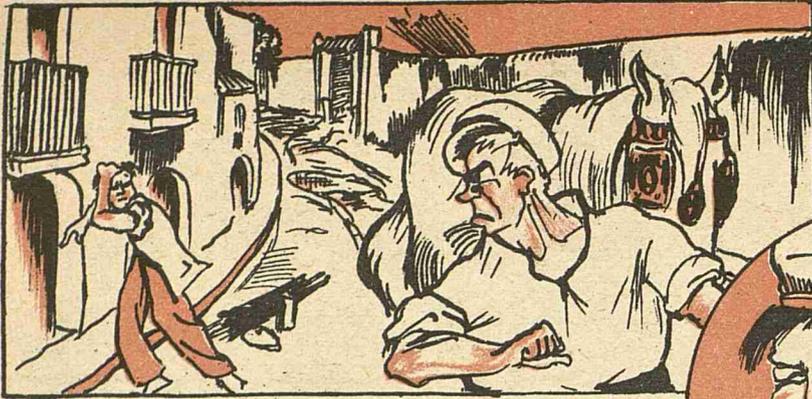


En vista de lo cual, el juez, decretó sentencia contra los dos ladrones y devolvió el dinero a quien correspondía: a los pobres... Volando el tesoro a más buenas regiones y librándose del encierro en que lo guardará el desalmado usurero



Decir eso el juez y mirarse las manos los dos hombres a una, todo fué una sola cosa.

Conversación de la semana



De vez en vez oiréis el ruido de un motor que flota por los aires, y seguidamente la voz ronca, el cantar plañidero, cual un profundo suspiro interminable, de las sirenas que, al dar la señal de alarma, avisan el inminente peligro que nos amenaza. Son los aviones que nos acechan, con el solo propósito de sembrar la muerte en la ciudad a tontas y a locas asesinando a no importa quién. Todo esto se resume en una palabra: la guerra.

Vosotros no sois ciegos, ni sordos ni carentes de sentidos ni de instinto, y sabéis enteramente igual que nosotros que vivimos una guerra. Lo sabéis y en ella habéis pagado también vuestra contribución. ¡Cuántos niños, como vosotros, han gemido en el suelo destruidos por la metralla!

¿Cómo es posible esconderos a vosotros lo que ocurre? No existe el medio de ocultaros toda esta maldad y perversión del egoísmo humano que ante vosotros se presenta.

Tomad la parte buena de esta lección mala que estáis viviendo. La parte buena es no olvidaros de los horrores que estáis presenciando y sufriendo y saberlos despreciar con toda el alma, saber aborrecer la guerra. Que todo cuanto estáis viviendo y observando tenga en vosotros el aliciente de que cuando seáis mayores y de vosotros dependa, por lo tanto, la suerte que puede deparar al Mundo, pongáis todo vuestro empeño más decidido en evitar y en combatir el que pueda producirse jamás una nueva guerra. Odiad todo lo que sea guerra, ya que ella no tiene más expresión que la del odio. Es lo único en el Mundo que merece ser odiado.

Confiamos en que podáis aprender a bien vivir y a bien amar, y con ello conseguiréis una fuerza que dificulte extraordinariamente el ambiente que pueda producir una nueva guerra.

Vosotros sabéis sobradamente cómo debéis comportaros. Yo os he observado en la escuela y he visto que entre vosotros, instintivamente, no tenéis reparo alguno en cederos las cosas, lo hacéis amigablemente; pero, si en la clase tenéis la desgracia de contar con un "matón", con un niño que todo lo quiere resolver a la fuerza bruta, vosotros mismos os separáis de él. Para cederle algo tiene que pedirlo, y vosotros os resistís a entregárselo, porque no sois como él, que os trata a viva fuerza y os atropella cuando puede. Si repartís alguna cosa entre vosotros, no pensáis en darle nada al "valiente", y si él os ve os lo toma arrebatándolo brutalmente y causándoos daño.

Estos brutos, éstos que no tienen más razón que la de la fuerza, son el espíritu de la guerra.

Tenéis que intentar por todos los medios y por las buenas corregir entre vosotros al niño "valiente", y vosotros habéis de procurar que cuando seáis mayores, podáis enmendar esta perversidad que hace posibles las guerras.

Hoy hemos hablado de este tema porque vosotros, sin sospecharlo, también en vuestra revista PORVENIR pagaréis en algo los efectos de esta maldad que es la guerra. Sabed que cuatro de los dibujantes que ilustraban vuestra revista, han tenido que partir para el frente. Son: Búsquet, Cadenas, Cervera y Ken, y hay otros dos que, probablemente, les tocará pronto el turno también.

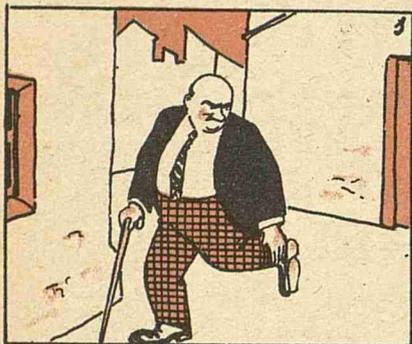
A todos ellos les deseamos suerte, ya que la guerra no es una valentía, es una cobardía brutal en donde la suerte puede mucho más que todo. No dudamos que los encontraréis a faltar; sin embargo, todos han dicho que cuando vengán a Barcelona a pasar los días de permiso que se les da de vez en cuando, quieren hacer para vosotros estos dibujos que tanto os agrádan; quieren dedicar sus momentos de descanso para vosotros, para vosotros que sois sus queridos niños que no os pueden olvidar, y para quienes lo dan todo y os tienen siempre en la memoria, tanto en el descanso como en la lucha, y vuestro recuerdo les acompaña en la victoria que ha de ser para vosotros, para que sepáis aprovecharla y no vuelva a haber nunca más guerras.

BLACK GIPSY

El pobre gitanillo que, aprovechando la lluvia de días anteriores, ha salido a ver si podía vender algún paraguas, se ve sorprendido por una formidable paliza que le da un carretero de muy mal genio. Medita sus represalias y sigue de cerca al carro; y en un momento en que éste se detiene, vierte dentro del charco de agua varios sacos de "cemento". Después de un largo estacionamiento, vuelve el carretero que, al contemplar el espectáculo, se queda de "piedra".

CAJON DE SASTRE

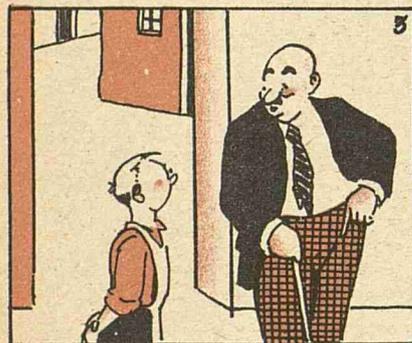
Al pie de la letra



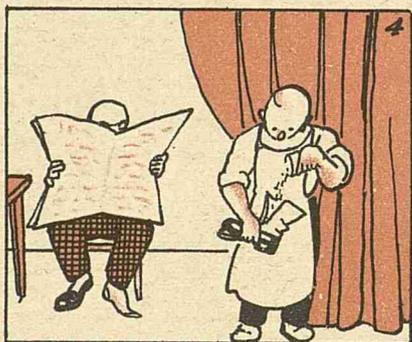
—Maldita sea! ¡Pues no se me ha descosido ahora esta suela, con la prisa que llevo!...



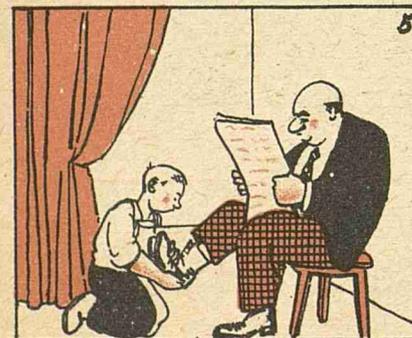
Pero, a los pocos pasos, Aniceto Tirilla apercibe la solución al conflicto, y allí se encamina.



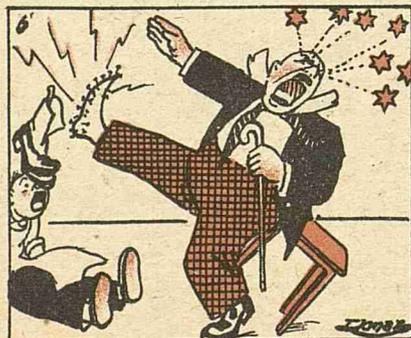
—No está el maestro.
—Oye, y tú ¿no sabrías echarme unos clavos en esta bota?
—¡Ya lo creo!



Y el peque cumple concienzudamente el encargo que le ha hecho Tirilla.



El cual, abstraído en la lectura del diario, deja que el chico le calce la bota...



Pero, ¡horror! Al ponerse en pie...

Curiosidades De los niños para los niños

El árbol más viejo del Mundo

El árbol decano de todos los vegetales, se encuentra en Méjico.

No pertenece a ningún bosque ni parque, sino que vive en un cementerio. Este árbol es un ciprés, descubierto el año 1808 por el famoso naturalista alemán Humboldt. Se encuentra en el cementerio de Santa María de Tulé. Se cree que cuenta de cinco mil a seis mil años. El tronco mide 33 metros de circunferencia y tiene una altura de 12 metros y medio.



El alumbrado del futuro



Según el doctor Adel, del Departamento de Física de la Universidad de Michigan, existe un gas en cantidad suficiente para proveer toda la población de los Estados Unidos durante veintidós mil millones de años.

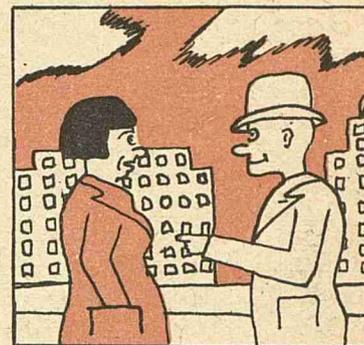
La parte difícil del asunto es que este gas se encuentra en los otros planetas. La presencia de gases hidrocarbónicos en la atmósfera de los planetas fué descubierta hace años. El doctor Adel ha comparado el espectrograma de los planetas para calcular la cantidad de gas existente en la atmósfera planetaria.

Júpiter posee gas metano en la proporción de 80.000.000 de toneladas; Urano, en la misma cantidad; Saturno, tres cuartos de ella, y Neptuno, conocido por el nombre de la "gran bolsa de gas", posee 60.000.000 de toneladas.

—Sólo de pensar en la cola, se me pone la carne de gallina.

—Pues mira, no hagas cola y haz albóndigas con esta carne.

(J. Grimaldi, 14 años)



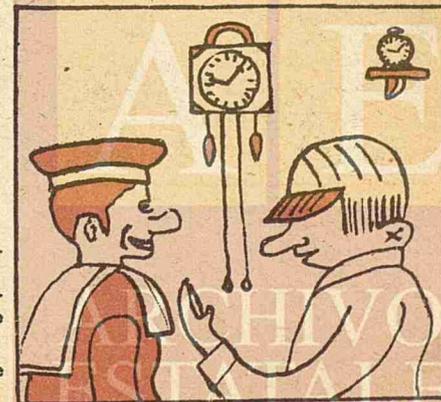
—Aquí: «Radio Barcelona». Va a hablar la señorita Finita Delgado.

(Por M. PLAZAS, de once años)

—Este reloj no me conviene, porque no anda.

—Pero... ¡hombretel, ¿dónde se ha visto un reloj que ande?

Por J. GRIMALDI (catorce años)



La Pedanteria de un Inconsciente

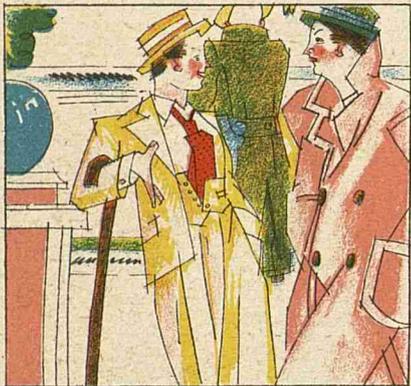
1



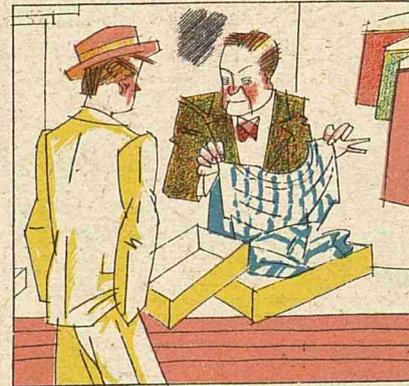
4



2



5



3



6



7



10



8



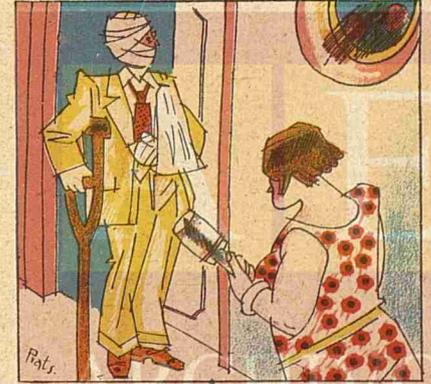
11



9



12



Blas se admira de la aparatosa indumentaria de un cazador. — Y sintiendo la comezón de vestirse de forma tan llamativa, recurre a un amigo para procurarse el importe de tan flamante equipo, contándole las excelencias de la caza y mil embustes más, con el fin de conmovérle y convencerle. — A la sombra de una arboleda, en pleno bosque, Blas convenció definitivamente a su amigo, que accede a prestarle el importe del equipo tan deseado. — Tiempo le faltó al iluso Blas, para dirigirse a la sastrería. — Pero Blas no es más que un infeliz pedante y, naturalmente, ignora en absoluto la teoría de la caza, viéndose obligado a comprar un manual incivil del «deporte» que revela tan malos instintos. — Nuestro pedante Blas, lleno de estúpida alegría, ajústase las prendas objeto de su trivial ilusión. — Y con un impecable uniforme, un poco de teoría malsana, e inconsciente optimismo en lucir el traje, se decide a ir de caza. — Mas dónde llegaría su inconsciencia, que unos simpatísimos e inocentes conejitos le causaron el susto padre. — Tan absurda es la inestabilidad de nuestro Blas, que imaginándose fieros animales lo que sólo eran conejitos, emprendió desenfadada carrera, tan desenfadada y rápida que no quedó muy bien parado. — Y he ahí que, por causa de su torpeza, podemos ver en el cuerpo de Blas inolvidables recuerdos, sin contar los que no se ven y que dejarán probables señales en su cuerpo. — El flamante uniforme, causa primordial de su codicia y pedantería, ha quedado reducido, como el pobre Blas, a un lamentable guiñapo. — Ojalá le hubieran dicho a su tiempo que no hay que dejarse impresionar por la forma exterior de las cosas, sino que es preciso conocer su contenido, lo que hay en sí, lo que representan.